

Literatura colombiana

(Conclusión)

Como libros de viajes, merecen citarse: *Por la América del Sur*, del incansable polígrafo General don Rafael Uribe Uribe; *El Brasil*, de Gustavo Arboleda; *Del Avila al Monserrate*, de Pedro A. Peña; *Por el Sur de Colombia y El Meta*, de Miguel Triana; *Haz de Recuerdos*, de L. E. Nieto Caballero, y *Tierras lejanas*, el más artístico de todos, obra de la pluma pintoresca y colorista de Emilio Cuervo Márquez, autor también de una novela *Phinéés*, reconstrucción de los tiempos evangélicos, a estilo de *Ben-Hur* y *Quo vadis?* Cuervo es uno de los más brillantes prosistas de la época presente en Colombia. Tienen también páginas muy bien escritas el libro *Impresiones y recuerdos*, de Luciano Rivera Garrido, y el de *Historias y paisajes*, de Miguel Rosales.

La filosofía independiente no ha producido, en lo que va del siglo, obra ninguna. La tradicional, además de las *Lecciones* de Monseñor Carrasquilla, se ha enriquecido con la *Lógica* y la *Antropología*, del doctor Julián Restrepo Hernández, obras elogiadas por revistas filosóficas del extranjero; y con trabajos como *Santo Tomás y la ciencia moderna*, del docto helenista don Francisco M. Rengifo.

También ha salido del Colegio del Rosario el importante *Tratado de derecho internacional privado*, del doctor Restrepo Hernández. Sea ésta la ocasión de citar trabajos jurídicos fundamentales como el *Tratado de derecho civil colombiano*, t. 1.º, de los doctores Edmundo Champeau y Antonio José Uribe, y el magno *Estudio sobre el Código Civil colombiano*, 9 vol., del doctor Fernando Vélez. El doctor Uribe ha publicado recientemente, con el título de *La reforma administrativa*, un grue-

so volumen de artículos que revelan sus muchos conocimientos en todos los ramos de la administración pública. Recordaremos también el primer volumen de la *Filosofía del derecho*, del doctor Pedro María Carreño, y el estudio de *La federación en Colombia*, de José de la Vega.

Aun cuando las obras científicas no caen dentro de los estrechos límites de esta reseña, haremos una excepción, por tratarse de obras cuyos autores cultivaron las buenas letras, respecto de los siguientes libros: los *Estudios científicos*, del doctor Andrés Posada Arango; la *Geografía médica y nosológica del Departamento de Caldas*, del doctor Emilio Robledo; la *Geografía médica y patológica*, del doctor Luis Cuervo Márquez. La *Revista Médica* de Bogotá es publicación muy respetable, y en sus páginas se pueden apreciar los grandes progresos realizados por la medicina y la cirugía en Colombia, gracias al saber y a la capacidad de eminentes profesores que honran al país.

El periodismo ha adquirido grande incremento, y usa de una lengua harto más correcta de lo que es común en América. Entre las revistas, ocupan sitio preferente la del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, *Cultura*, *Letras*, *Revista Jurídica*, *El Literario*, *Horizontes* de Bucaramanga, *Estudios y Colombia* de Medellín; *La Revista Contemporánea* de Cartagena, *Voces de Barranquilla*, y las revistas ilustradas *Cromos* y *El Gráfico*. *El Nuevo Tiempo*, del poeta Arciniegas, es generalmente considerado como el representante más autorizado de nuestra prensa (1).

(1) Hoy se publican, fuera de *El Nuevo Tiempo*, los siguientes diarios, que representan bien los distintos matices de la política: *El Tiempo*, *El Espectador*, *El Diario Nacional*, *La República* y *La Prensa*. *Mundo al Día* es diario de grande información gráfica y noticiosa. A las revistas citadas en el texto y algunas de las cuales han muerto, deben agregarse: *Santa Fe y Bogotá*, *Lecturas y Bogotá*

El momento en que hoy nos encontramos es de indecisión y de expectativa. La literatura propiamente dicha languidece en medio del estruendo de la guerra universal. La poesía no tiene hoy rumbo definido; las escuelas anteriores se han disuelto, y falta un genio poderoso que marque a los cantores nuevos una dirección fecunda. La situación actual recuerda la de hace un siglo, después de las guerras napoleónicas: hubo un período de atonía, antes del despertar triunfante del romanticismo. Cuando pase el actual conflicto, es de creer se que las energías nacionales, que se han desarrollado hasta el grado máximo, en esta titánica lucha de razas, den nacimiento a un arte nuevo, el cual, probablemente, no será manjar para cenáculos de iniciados, sino que se inspirará en los grandes sentimientos humanos y tratará los temas eternos, los que siempre han de interesar y de conmover a los hombres. El movimiento renovador partirá seguramente de Francia, que ha tenido, del siglo diez y siete en adelante, la dirección intelectual de los pueblos latinos; y se adaptará a las condiciones especiales de las naciones hispánicas, mediante el poder de asimilación que tiene toda raza dotada de vitalidad. Pero sea cual fuere la dirección que tome ese movimiento, los escritores colombianos deben no olvidar que el espíritu nacional ama la claridad, la propor-

Gráfico. En *La Crónica*, hoy suspendida, dio Guillermo Camacho la medida de su notable talento de periodista, ágil e incisivo, cuyas mejores páginas aparecen en el volumen *Crítica y Política* (Madrid, 1924). Las hojas de nuestros diarios se han enriquecido a menudo con producciones de verdadero valor literario de escritores como Tomás Rueda Vargas, heredero de nuestros costumbristas; Joaquín Quijano Mantilla, cronista y narrador lleno de ingenio; Alberto Sánchez, que ha popularizado el seudónimo de *El Dr. Mirabel*; Eduardo Guzmán, hábil crítico de teatro, etc.

ción, el orden; en una palabra, que sobre un fondo romántico, guarda aficiones clásicas, como es natural en quien ha tenido por maestros a Caro y a Cuervo. Nuestros grandes románticos buscaron la armonía, la precisión, la elegancia de las formas, como es de ver en José E. Caro, Arboleda y Pombo. Los noveladores y costumbristas han seguido las tradiciones realistas de la literatura española. Silva, el primero de los modernistas, es claro, transparente, armónico; como Poe y como Baudelaire, busca la novedad dentro de la perfección. A Valencia lo califica Sanín Cano de *poeta alejandrino*; y lo que de él sobreviva será aquello en donde el sentimiento moderno se encarna en formas imitadas felizmente de los maestros de aquella última época del genio griego. Un egregio escritor peruano, don José de la Riva Agüero, en su magnífico elogio del Inca Garcilaso, después de recordar que la literatura peruana genuina ha tendido siempre al clasicismo, agrega estas palabras, de aplicación en Colombia: «Lo que parece vedado a la común contextura de nuestros compatriotas, es cosechar fruto en las inciertas regiones de la penumbra, la indecisión y la exorbitancia, que a otras razas proporcionarán bellezas inestimables, pero que no dejan a la nuestra, según lo acredita una experiencia tres veces secular, sino la palabrería más vana y hueca y los más torpes balbucesos». Y otro eximio peruano, don Ricardo Palma, uno de los escritores más americanos que existen, ha dicho recientemente, en ocasión solemne, estas palabras, que en parte son una admonición, en parte una crítica, dignas de ser meditadas por nuestra juventud: «Debemos transigir con el modernismo en lo que tiene de renovación, *de frescura*, de nuevos puntos de vista y de ampliación de conceptos estéticos; pero condenar las torpezas vanas de contenido estético y moral, las bastardas orientacio-

nes del pensamiento poético, las monstruosas desviaciones del ideal lírico, y el triste desmedro de nuestras letras a que está conduciendo la falta de seriedad y solidez con que la juventud aprovisiona su inteligencia, y adopta fácilmente las intransigencias y perversiones del ideal, por la comodidad y facilidad que significa toda falta de técnica. Volver a despertar la veneración por los grandes maestros españoles y americanos y el gusto por el arte clásico, no por ser antiguo, sino por ser bueno, sería una obra de salud espiritual». Hemos preferido a decir mal estas cosas por cuenta propia, citar la autoridad de dos grandes maestros a quienes nadie tachará de reaccionarios. La literatura colombiana en su nueva evolución, debe ser profundamente nacional en sus tendencias, española en sus formas, y humana por su culto y grandes y civilizadores ideales; debe arraigar hondamente en las entrañas de nuestro pueblo y en los fecundos senos de la naturaleza; y llamar la atención y despertar el interés de los extraños en razón de su misma originalidad, y de la fidelidad y energía con que sepa expresar los rasgos fundamentales de nuestro sér espiritual.

ANTONIO GOMEZ RESTREPO

FIN



Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico